

OCTUBRE 2024

A cinco años de la revuelta social.

Balance, aprendizajes y proyecciones.

Alvaro Ramis
Camila Miranda
Eugenio Tironi
Manuel Antonio Garretón
Sofía Fuentes

NODO:XXI

FUNDACIÓN
ROSA
LUXEMBURGO



A cinco años de la revuelta social.

Balance, aprendizajes y proyecciones.

A cinco años de la revuelta social.

Balance, aprendizajes
y proyecciones.

Octubre 2024

Investigadores

Alvaro Ramis

Camila Miranda

Eugenio Tironi

Manuel Antonio Garretón

Sofía Fuentes

Diseño y diagramación

Macarena Ternicien Loma-Osorio

NODO XXI 2024

nodoxxi.cl

NODO XXI

Contenidos

- 6 | **Presentación**
- 9 | **FORO: A 4 años de la revuelta social: causas, aprendizajes y proyecciones**
 - 10 | **Las causas**
 - 20 | **Impactos sociales y políticos**
 - 30 | **En qué Chile estamos**

Presentación

En octubre de 2024 se cumplieron cinco años desde que se produjo la movilización de masas más grande acontecida en nuestro país desde el retorno a la democracia. Durante semanas, pudimos observar una amplitud inédita a nivel social en manifestaciones callejeras caracterizadas por una sorprendente creatividad y por una tonalidad afectiva marcada por la indignación y la esperanza.

La “revuelta de octubre” puso al descubierto el profundo malestar social acumulado en extensas capas de la sociedad, particularmente entre los sectores populares y las nuevas clases medias, porque si bien, durante las dos últimas décadas no dejaron de emerger movilizaciones sociales muy importantes, en octubre de 2019 presenciamos el movimiento más amplio, popular y espontáneo de las últimas décadas. Fue, más que cualquiera de las movilizaciones sociales previas, una expresión del Chile que se ha gestado al calor de casi medio siglo de modernización neoliberal y de un campo popular de nuevo cuño, que dista mucho de aquel sobre el que se construyó la izquierda histórica del siglo XX.

Las calles y plazas del país fueron repletadas, sobre todo durante las primeras semanas de la revuelta, por jóvenes de barrios populares, trabajadoras y trabajadores del comercio y otros servicios, profesionales, técnicos, ciudadanos y ciudadanas comunes y corrientes, grupos de amigos y familias. Los símbolos más presentes fueron las banderas: la chilena, la mapuche, las de los equipos de fútbol más populares, la de la diversidad sexual. Las consignas más repetidas: “Chile despertó”, “No eran treinta pesos, eran treinta años”. Fueron, en su origen, movilizaciones sin escenario central, sin oradores, sin dirigentes, sin partidos, ni sindicatos. Fueron, en definitiva, movilizaciones de un pueblo no mediado por la izquierda social o política, histórica o nueva. De este modo, por su naturaleza, la revuelta de octubre representó un enorme desafío para nuestro sector político, y los desencuentros se harían patentes a lo largo del proceso que con ella se abre, tal como quedó claramente manifestado en los dos procesos constituyentes cuyas propuestas fueron rechazadas.

La revuelta social nos pone, a las izquierdas, frente a una realidad compleja: un campo popular al que les son ajenas nuestras claves culturales y propuestas políticas, que demanda mayores libertades y autonomía individual, al mismo tiempo que mayor

Presentación

protección y seguridades; un campo popular que anhela una vida mejor y que hoy mira el presente con desconfianza y desencanto, respecto a la política y al futuro del país. Para ese pueblo, y con ese pueblo, debemos llegar a ser una alternativa política enraizada y representativa de sus intereses, que dé respuesta a sus dolores y que permita la realización de sus aspiraciones.

A cinco años de los acontecimientos que conmemoramos, las causas que provocaron el estallido social siguen sin hallar respuesta y, producto de la pandemia, la inestabilidad geopolítica y el recrudecimiento del problema de la seguridad, son el miedo, la decepción y la incertidumbre los afectos que dominan el ambiente. Al mismo tiempo, el campo político sigue en un estado de ensimismamiento y clausura que no hace más que ahondar su distancia con la sociedad. La proliferación de los discursos antipolíticos y la disposición a suscribir a alternativas con rasgos autoritarios son consecuencia de este alejamiento y de la ineficacia que la política ha demostrado a la hora de resolver los problemas más sentidos por la ciudadanía, como el de las pensiones, la salud y la educación, por señalar algunos ejemplos. Una democracia ineficaz, pierde valor.

En este escenario, la necesidad de comprender el Chile actual y de articular un proyecto político que haga sentido a las grandes mayorías, es el desafío más importante que debe asumir la izquierda en nuestro país. En ese empeño, Nodo XXI, con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo Oficina Cono Sur, organizó un panel de conversación titulado “A cuatro años de la revuelta social. Causas, aprendizajes y proyecciones” que se llevó a cabo el día 16 de octubre de 2023 en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. En esta instancia participaron Manuel Antonio Garretón (sociólogo y Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2007), Sofía Fuentes (a la sazón militante de Convergencia Social y en la actualidad integrante de la dirección nacional del Frente Amplio), Eugenio Tironi (sociólogo y analista político), Álvaro Ramis (rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano) y Camila Miranda (presidenta de la Fundación Nodo XXI).

Presentación

En el momento en que se realizaron las reflexiones aquí contenidas, Chile vivió un cruce de caminos entre la conmemoración de los 50 Este panel se va a dividir en 3 temporalidades. El primer momento está destinado a preguntarnos por las causas. Las causas de la revuelta social y, sobre todo, preguntarse por su vigencia hoy día, a cuatro años.

FORO: A 4 años de la revuelta social: causas, aprendizajes y proyecciones

Transcripción del intercambio del lunes 16 de octubre de 2023 moderado por Camila Miranda, entre Álvaro Ramis, Eugenio Tironi, Sofía Fuentes y Manuel Antonio Garretón

Camila Miranda

Junto con la Academia Humanismo Cristiano y la Fundación Nodo XXI, apoyados por la Fundación Rosa Luxemburgo, hemos planteado la necesidad de volver a producir diálogos y conversaciones relevantes para las izquierdas y el proceso político en general y, cerca del cuarto aniversario de la revuelta social del 2019, sobre las causas, los impactos políticos y sociales y también los desafíos que se proyectan al mirar este proceso.

La mayoría de quienes estamos aquí hemos reflexionado en distintas temporalidades respecto de lo que fue ese proceso. Por supuesto que es distinto mirarlo a un par de meses, mirarlo con una pandemia de por medio, mirarlo con un proceso como fue la Convención Constitucional y luego su derrota, a mirarlo hoy día, cerca del cierre de un nuevo proceso constitucional. Nos obliga a plantearnos las típicas interrogantes –que son gruesas– que hay que desmenuzar un poco más de ¿en qué Chile estamos hoy día? Han habido varias hipótesis o tesis de qué es lo que ha ido cambiando. ¿Ha ido cambiando sólo la reconfiguración política?, ¿hemos cambiado como sociedad?, ¿qué es lo que se mantiene vigente y abierto de las causas del estallido? Y, para eso, hay que volver a preguntarse por las causas, pero poniendo el énfasis en que las estamos mirando a cuatro años de ocurridas. Y, probablemente, podamos entrar en diálogo con las mismas premisas que en otros tiempos sostuvimos sobre lo que abría o no el proceso de la revuelta social.

El panel está por compuesto por Álvaro Ramis, a quien agradezco desde ya como rector de la Academia por facilitarnos el espacio y la contribución y colaboración para hacer este conversatorio; Sofía Fuentes, de la Dirección Nacional de Convergencia Social; Manuel Antonio Garretón, sociólogo, Premio Nacional de Ciencias Sociales, pensador activo de Plataforma Socialista; Eugenio Tironi, sociólogo influyente en los debates públicos y, quien les habla, Camila Miranda, Presidenta de la Fundación Nodo XXI.

Este panel se va a dividir en 3 temporalidades. El primer momento está destinado a preguntarnos por las causas. Las causas de la revuelta social y, sobre todo, preguntarse por su vigencia hoy día, a cuatro años.

LAS CAUSAS

Álvaro Ramis

Muchas gracias. Como ha señalado Camila, quisiera agradecer la posibilidad de que esta discusión se dé en un momento tan pertinente, donde las conmemoraciones también invitan a la reflexión y a la pregunta.

Cuando me invitó a participar en el debate, sentí que más que un aporte técnico, tal vez era bueno comentar o asumir una reflexión distinta a la que pueden hacer nuestras panelistas o nuestros panelistas, que tienen un acervo y una especialización mucho mayor que la mía en este punto. Pero leyendo una columna de Eugenio [Tironi] me llamó la atención una reflexión que hace respecto al choque de racionalidades entre esa ética católica, que tal vez arraiga –diría Cousiño y Morandé– en la sociabilidad chilena y esa ética protestante que se ha ido configurando en los últimos cuarenta años como la lógica dominante de nuestra sociedad. Y, en esa contradicción, tal vez, se pueden cifrar algunas de las causas de lo que ha ocurrido en estos años. Es posible que Eugenio pueda desarrollar esa tesis con mucha mayor propiedad que yo.

Esa relación con las racionalidades religiosas me motivó a repasar una vieja contradicción en la teología política que me ha ayudado a pensar este problema, que es la que se da entre esa escatología del que todo cambie y de la irrupción de lo nuevo, frente al katejon que, en la tradición bíblica, es aquel obstáculo que hace que las cosas no cambien, que permanezcan. Retrotrayendo un poco la discusión bíblica, en Tesalonicenses 2, 6-7 se hacen la pregunta de ¿por qué no llega el escatón?, ¿por qué no llega el Anticristo?, ¿por qué no se produce el fin de la historia? y San Pablo dice “porque hay un obstáculo”. Un katejon es algo que sostiene al orden de la realidad,

algo que hace que no se desborde, algo que opera para que las cosas sigan como están. Tertuliano dice después que el Imperio Romano es el katejon, “que lo que hace que las cosas sigan como están es un orden imperial, un orden legal, un orden político”. San Agustín dice “No, es también una fuerza espiritual” y ahí empieza una larga discusión en la historia respecto a si el katejon es un orden político, solamente un orden militar, un orden imperial, la policía en la calle o es algo que está mucho más en la racionalidad profunda de los seres humanos. Esto hace que busquemos también esa dimensión de la estabilidad y del orden y que finalmente vuelva todo a su lugar, al lugar donde partió. Por lo tanto, la fuerza centrífuga del escatón, de esa búsqueda de la utopía y del nuevo orden deseado, se estrella con el katejon, que es la limitación propia de ese orden imperecedero de la tradición, del viejo voto, de las generaciones antecesoras a nuestro orden actual y, por lo tanto, en esa contradicción se da la política entre la búsqueda escatológica, utópica y el katejon, que es ese orden. Por decirlo así, el peso de la noche vuelve a instaurar la permanencia de lo de siempre.

Yo creo que lo que hemos vivido estos años en Chile se estrella en esos dos momentos: por un lado, el momento escatológico del 18 de octubre en adelante, que tiene su momento epifánico en ciertas manifestaciones donde las calles se tiñeron de esas consignas y que eran evidentemente escatológicas, era un “acá muere el Chile neoliberal, instauraremos un nuevo orden deseado bajo una nueva racionalidad” y, de alguna forma, todos deseamos que fuera así; y, por otro, también en el fondo de muchos de nuestros estómagos, tal vez no de nuestros corazones, latía el temor a que eso fuera realidad porque no sabíamos a dónde nos dirigíamos. Por lo tanto, empezó a operar ese katejon, ese obstáculo que hace que las cosas no cambien, que es mucho más profundo que lo que veíamos en la calle desde el 18 de octubre en adelante, que era el estado de emergencia, que era la policía actuando, la represión. Estaba en nuestra subjetividad y nosotros mismos también lo desencadenamos; el katejon está en nuestra propia subjetividad, en nuestra propia voluntad de deseo tan real como el deseo escatológico del cambio. Por lo tanto, la sociedad chilena ha vivido en esa contradicción, en esa tensión entre el katejon y el escatón por cuatro años, y hay momentos en que vuelve

a resurgir, creo yo; momentos como cuando el apruebo llegó al 80% para una nueva Constitución y, por otro lado, momentos de katejon como el 4 de septiembre del año pasado, cuando el 60% dijo no al nuevo orden deseado.

¿Qué es lo que ocurre ahí? Creo que entraña más discusión. Nosotros, muchas veces desde la izquierda, pensamos que el katejon era simplemente un obstáculo material y político. Caímos en la tesis de Tertuliano de que es el Imperio Romano, Piñera, el A.C.A.B., el orden establecido bajo la forma policial y no descubrimos, como San Agustín, que este katejon también es una fuerza espiritual que nos atrapa, que está en nosotros mismos. También nosotros fuimos fuerza estabilizadora, tal vez porque teníamos el vértigo de lo nuevo en nuestra propia naturaleza, arraigada en decenas de años de hábitos. Y creo que eso también fue parte del temor al futuro, del temor al vértigo de la novedad, y eso sigue marcando el presente. ¿Por qué la atención escatológica? Porque hay suficientes razones estadísticamente mostradas de cierto agotamiento de las formas productivas de esta sociedad, el anhelo de cierta forma de nueva sociabilidad. Pero ¿hasta qué punto eso ha arraigado en forma de viabilidad institucional? Es una pregunta abierta.

Camila Miranda

Muchas gracias. Vamos a seguir con Eugenio, ya que fue también referido respecto a las profundizaciones que hace Álvaro.

Eugenio Tironi

Bueno, muchas gracias por la invitación, muy atractivo el approach de Álvaro. Creo que a nosotros, a la sociedad chilena, se nos impuso un orden basado en un contrato individual con entes privados que nos proveen de los servicios básicos como pensiones, salud, educación, que cada cual maneja individualmente. Un contrato respecto a lo cual el Estado toma distancia, observa, no interviene y, cuando busca intervenir, los propios incumbentes evitan que

intervenga; cada uno de nosotros se siente, por lo tanto, responsable y culpable de los fracasos y de los accidentes que provee la vida. Esto funcionó y funcionó hartos años y bajo distintos regímenes, cuando el crecimiento económico era una droga que lo cubría todo, que lo permitía todo, cuando el mercado laboral recompensaba la inversión de la familia y las personas en educación, cuando la población aún era joven y por lo tanto no pasaba por caja a cobrar las pensiones. Y todo esto cambió hace diez años, cuando se produce lo que yo lo he denominado el desborde.

El desborde tiene que ver con una economía casi estanca, que no crece más. Con el hecho de que los diplomas pierden su valor o, por lo menos, su valor relativo y que quienes llegaron a la vejez fueron a la caja a cobrar sus pensiones y no se encontraron con lo que les prometían y tampoco en materia de servicio de salud. Y esto estalló, se evaporó. Y, además, lo alcanzado, el patrimonio alcanzado, se ve amenazado por estos imponderables que son la vejez, la enfermedad, a lo que le sumamos la inmigración y la delincuencia, esos grandes fantasmas del mundo contemporáneo.

En este contexto, esta red de contratos, estos platillos que en general manejamos para mantener nuestro equilibrio, nuestra estabilidad, nuestra subsistencia, en vez de ser fuente de autonomía, fuente de plenitud, digámoslo así, pasaron a ser una fuente de sofocamiento, como lo ha escrito Danilo Martucceli. Esto se fue expandiendo subterráneamente. A mi juicio, de la frustración, el malestar, la angustia se probó escapar con Michelle Bachelet y no resultó y lo rechazamos. Probamos con la antítesis, Sebastián Piñera, no resultó, lo rechazamos, volvimos sobre Bachelet, tampoco resultó, volvimos sobre Piñera, tampoco resultó. Esto era como un ratón dentro de una ratonera, intentando escapar por dos días hasta que, de pronto, después de 16 años en esa ratonera, devino esta angustia en el famoso estallido.

Es interesante lo que dice un estallido, que es básicamente qué hago con su sistema político, es decir, la angustia de estos contratos que ya no me proveen autonomía, sino ahogo, un sistema político que no interviene, que no actúa y que produce, como decía –para usar los términos de Álvaro– una suerte de rebelión contra el “orden protestante”.

Sofía Fuentes

Me gustaría comentar dos cosas. La primera tiene que ver con esta idea de estallido. Por ahí hay una diferencia que se plantea entre estallido social y revolución o revuelta. Voy más por la línea del estallido, porque, si bien creo que ambos elementos constituyen lo que pasó el 18 de octubre, me parece que la idea de estallido social fue porque vimos una cantidad de personas que no tenían organización y demandaban temas que le importaban a las personas. El estallido ocurre porque explotó el descontento que se venía acumulando, que eran en áreas que podríamos identificar como parte de lo social: pensiones, salud, educación. Además, hubo elementos que son constitutivos de lo que se entiende como una revuelta. Fue un proceso en donde la gente salió a protestar y salió a ocupar el espacio público contra el orden establecido, y eso también tiene que ver con una diferencia que podríamos plantear como el poder versus el pueblo que estaba protestando por sus necesidades. Y hay algo importante que se ha hablado mucho desde el 18 de octubre, de cómo entendemos al sujeto que salió el 18, porque la izquierda planteaba esta idea de que se estaba constituyendo un nuevo sujeto, que podría haber sido el momento de superación del orden neoliberal, y ahí es donde efectivamente el proceso de lo que pasó posteriormente, a mi juicio, nos dio una lectura de que fue algo inorgánico, que mayormente se llevó por lo que podríamos entender hoy día como el sentir social o el humor social.

Hay otros dos elementos que vienen de las relecturas que está haciendo la derecha. El primero es que este fue un estallido puramente de delincuencia y yo creo que ahí es importante tener los argumentos de por qué nosotros leemos que esto no fue así, partiendo porque fue un proceso en donde tendríamos que haber acumulado a cien mil personas que al mismo momento quisiesen ir a hacer un desmán a un lugar común. Por otro lado, aparece Sebastián Piñera planteando la idea de un golpe de Estado no tradicional y se habló mucho de que había un complot internacional, que había una fuerza pagada por Venezuela que, en el fondo, financiaba a las personas que estaban generando estos desmanes.

Y hay otros elementos que podrían entenderse como causas: que Chile venía de una crisis económica. Eso es algo que compartimos y también de declaraciones del Gobierno que, si bien hoy día, cuatro años posterior una dice, claro, eran sólo declaraciones, efectivamente generaron un crecimiento muy importante, como de que Chile era el oasis de Latinoamérica o regalar flores, levantarse a las 6:00 de la mañana, fueron elementos que generaron que este malestar latente, por las causas que mencionó Eugenio recién, llegara a un punto cúlmine con el alza del pasaje.

En síntesis, creo que las causas fueron el empeoramiento progresivo, porque si bien hubo un proceso de crecimiento después, cuando efectivamente estaba el cobro de las pensiones, teníamos que mejorar los sistemas de salud, sí hubo un empeoramiento progresivo de las condiciones y de la calidad de las personas, y bajo en un periodo y esto se gatilló con una particular displicencia y altanería del Gobierno, que yo creo que eso sí era diferente en el Gobierno de Michelle Bachelet. Me parece importante generar una diferencia también con quienes estaban en el poder en ese momento y sólo como para dejar una pregunta que me parece importante y que la estaba reflexionando, pero como todavía no logro, sobre todo por lo que vamos a ver después con el proceso constitucional, ¿habría habido estallido social si Piñera hubiese continuado con el proceso constituyente de Bachelet? Yo creo que eso es una pregunta que iría a la vista de estos dos procesos constitucionales. Lo que estamos viviendo hoy día en torno a lo que está pasando con la Convención, me deja abierto mucho ¿qué hubiese pasado? Efectivamente, bueno, eso ya es política-ficción.

Manuel Antonio Garretón

Buenas tardes, muchas gracias por la invitación. Voy a ser mucho más simplificado en mi análisis que los que se han hecho hasta ahora.

Partamos por retomar algo que se dijo aquí al comienzo. Es enteramente distinto hablar del estallido, en los primeros momentos,

en los primeros análisis que hicimos, que hablar hoy- Incluso sus causas se ven de distinta manera. En segundo lugar, hay que alejarse de las explicaciones más simples, por ejemplo, que aquí estábamos en presencia de la posibilidad de una revolución, que fue abortada por las instituciones, por el Estado, por la clase política, etcétera. O que solo se trataba de una cuestión delincencial como hoy día lo dice explícitamente el movimiento republicano. O que sólo fueron “pulsiones juveniles”, como señala una opinión muy difundida. Ninguna de estas explicaciones dan cuenta de la profundidad del proceso vivido.

También es importante al hablar de causas del estallido referirse a este fenómeno en términos específicos y no de conceptos generales. Cada estallido o proceso semejante tiene sus causas particulares y no puede entenderse a rasgos generales como rechazo, descontento o malestar. Se trata de especificar de qué malestar, rechazo o descontento se trata en cada caso histórico, porque por ejemplo también en las movilizaciones contra la dictadura en 1983, y celebramos los 40 años de ellas este año, hay rechazo, malestar, descontento. Así, sin duda que hay un componente genérico, pero las especificidades permiten distinguir actores, conflictos, es decir lo que está en juego. Por lo que cuando hablamos del estallido estamos hablando de “ese estallido” y ese estallido tiene algunos rasgos que son básicos, a mi juicio.

Por un lado, es un rechazo masivo producido fundamentalmente en sectores sobre todo con una carga generacional importante, Pero, por otro lado, hay que entender que una cosa es el estallido de la llamada “ primera línea” y otra cosa son las movilizaciones masivas como la del 25 de Octubre y, además, hay que tener en cuenta además que en ese momento el 80% de la población estaba de acuerdo con las movilizaciones. Entonces, ¿hay en ese estallido una carga agresiva? Sí, la hay ¿Hay participación de violencia delincencial? También la hay ¿Hay violaciones de Derechos Humanos y crímenes cometidos por el Estado, que no sabía qué hacer con este estallido ni sabía cómo interpretar?. Se trata de un movimiento masivo con muy diversos componentes, pero sin proyecto general, sino múltiples proyectos sobre todo de carácter expresivo. En las movilizaciones

de 1983 tampoco había todavía un proyecto pero hay un rechazo específico a un tipo de régimen. Aquí es un rechazo constituido por una multiplicidad de demandas, cada una de las cuales tiene su propia politicidad, pero que no tienen una dimensión estrictamente política que no sea la suma de esas demandas. Y eso es lo que hace que sea básicamente un enfrentamiento, como se ha dicho, a la dirigencia y a la actividad política institucional y eso nos obliga entonces a pensar en que hay que ubicarlo en el proceso de movilizaciones, como bien lo señalaba Eugenio, desde el 2006. Pero sobre todo yo diría 2011-2012 para adelante, con una particularidad: la causa que ese estallido del 2019 tenga las características que tuvo, se debe a que, a diferencia de todas las movilizaciones, incluso las ocurridas durante la dictadura militar, en las que siempre las movilizaciones sociales significativas se daban con presencia de los partidos políticos, en el estallido de 2019, no fue así. Y si pensamos en las movilizaciones de 2011-2012, si bien es cierto que los partidos no juegan el mismo papel que en las anteriores, ellas contaban con organizaciones gremiales, principalmente estudiantiles, que actúan como referentes e interlocutores... Y eso tampoco ocurre en el estallido. A mi juicio este es el carácter particular de este estallido social.

Entonces, la causa que este estallido, que expresa malestar, rechazo a la élite, a la política, adquiera la forma que tuvo, es la destrucción previa de la relación clásica en la historia de Chile entre política y sociedad, entre política y actores sociales, donde los movimientos sociales fueron siempre expresión y tenían su expresión política, aunque había entera autonomía de uno u otro. Y ello, que creo que es central, va a explicar el tipo de salida que va a tener.

Insisto, entonces, en que si bien uno puede hablar de un ciclo de movilizaciones que culmina en el estallido de 2019, hay una diferencia fundamental con la des 2011-2012 y es que en éstas había conducción e interlocutores (organizaciones y liderazgos hoy en puestos relevantes de gobierno) por parte de quienes se movilizaban. En el estallido es la primera vez de movilizaciones sociales significativas en largas décadas sin una expresión o conducción, organización o interlocución o mediación política, aunque puedan existir grupos más o menos organizados en sus inicios y en su desarrollo.

Y eso yo creo que es un elemento fundamental porque nos habla de la crisis fundamental de la sociedad chilena. Después de lo que fue la dictadura, digamos la ruptura entre una forma de organización de la sociedad y de construcción de los actores sociales, que en una época llamábamos la columna vertebral junto con Eugenio –porque alguna vez también pensábamos parecido–. La ruptura de esa relación convierte a los actores políticos en lo que se llama la clase política o la elite, ya no en articulación con el movimiento social, y al movimiento social en suma de demandas, digamos atomizadas, que expresan fundamentalmente no un proyecto, sino un rechazo.

Camila Miranda

Voy a hacer un juego en la moderación y también como intervención, ya que estamos un poco más reducidas y reducidos en el panel y también para avanzar en las temporalidades del análisis, porque la primera pregunta tenía que ver con qué significa preguntarse por las causas a cuatro años, con acontecimientos tan significativos como la pandemia, que se desarrolla a continuación. Y, a mi parecer, la pandemia nos permite develar con mucha claridad algunos elementos que planteaba Eugenio sobre los problemas de nuestra sociedad y por dónde pasan ciertas venas que son muy significativas para preguntarse por la actualidad. La pandemia nos obliga a detenernos y expone, por un lado, el papel central que tiene la deuda en nuestra sociedad. Y cuando dejas de producir la deuda ya no es algo que sigues administrando, sino que se te presenta con mayor potencia y, por supuesto, era más fácil resolver la deuda antes de la pandemia que después de la pandemia. También se devela el manejo, la disposición del tiempo y pongo estos elementos porque creo que también en estos cuatro años han pasado cosas que nos obligan a repensar las causas del estallido para pensar las salidas actuales. El disponer del tiempo, ¿qué supone eso para nosotros como una tradición de izquierdas? supuso la lucha por recuperar ciertas nociones del trabajo vinculadas con la vida. O sea ¿para qué sirve el trabajo?, ¿qué lugar tiene el trabajo, la regulación de la jornada? la pandemia instalaba esas preguntas, ¿a qué le estaba dedicando la vida?, ¿por qué? son preguntas bastante

más profundas y complejas que quizás las que aparecen como preguntas de la indignación en el estallido. Muchos decíamos: estoy cansado de tales cosas, me parecen injustas estas otras, y aparecían esas conversaciones. Ciertamente, esto está en la clave de la injusticia, el abuso, el agotamiento, el hastío. Pero la pandemia introduce otras preguntas, para las que después puedes reconocer salidas en determinados sectores políticos o en desvincularse aún más de la política, como una profundización de ese vínculo ya bastante quebrado entre sociedad y política que relataba Manuel Antonio.

Entonces, hay varias cuestiones que se activan dentro de ese proceso que, como izquierda, no logramos mirar con claridad. Es decir, miramos muy claro los antecedentes de un estallido en el sentido de las crisis que se producían en términos de promesas fallidas en educación, de cómo se develaba que, al jubilar, la promesa de las AFP no tenía la capacidad de ofrecer pensiones de calidad y una serie de otras razones. Pero creo que acá se colocan preguntas que te hacen volver no sólo a movilizar el enojo del hastío, sino que cuestiones más profundas que tienen que ver con certezas vitales. Y lo pongo sobre la mesa porque no es coincidencia que hoy día el problema sea la seguridad y ciertas libertades esenciales las que atraviesen el debate y obligan a preguntarse ¿Chile cambió así de radicalmente desde ciertas demandas del estallido a lo que hoy día nos parece relevante? o ¿hay algo más profundo que se termina, digamos, de develar mirando las causas? Ya con más distancia, es decir, qué es todo lo que se fue construyendo y constituyendo en este ciclo de 30 o 40 años que tienen una expresión en el estallido, pero que tienen muchas otras expresiones en los procesos más recientes que hoy día hemos experimentado, y ahí quiero conectar con la pregunta sobre los impactos políticos y sociales y uno de los impactos políticos y sociales tiene que vincularse con la apuesta institucional de una salida a través de un proceso constitucional que muchas y muchos han puesto sobre la mesa, no necesariamente significaba el procesamiento de una crisis social y política. Era una apuesta de procesamiento de una crisis social y política y hemos visto un poco el desenlace. Tenemos esa posibilidad de ventaja de que ya hemos visto algunas cosas que han pasado en este análisis.

¿Entonces, cuáles son, para volver a esa conversación, los impactos políticos y sociales del estallido?

IMPACTOS SOCIALES Y POLÍTICOS

Sofía Fuentes

Me parece muy interesante cómo hoy día, que estamos frente al nuevo término de un proceso constitucional, mirar qué pasó después del estallido. Hay algo que también me interesa, que tiene que ver con un conflicto que creo que desencadenó que fuera tan inorgánico el estallido social y que viene conectado con lo que podemos ver como impacto. No existía un procesamiento de las demandas o de las necesidades sociales por medio de lo que deberían hacer los partidos políticos. Ahí hay un elemento que es configurativo de lo que viene después y de que en este momento, como no hay organicidad en el estallido social, se dio el Acuerdo por la Paz y se llamó a una salida institucional que tuvo que ver con el proceso constituyente.

Muchas veces una dice: no es que la única salida era el proceso constitucional y, desde nuestro sector, la salida del proceso constitucional no tenía que ver en sí o mayormente con una nueva Constitución. La única forma que se veía de dar una respuesta a las demandas que existían en ese momento era a través de una Constitución que te “permitiera hacerlo”. Entonces ahí hay un elemento que, conectándolo con lo que pasa hoy día, nos permite ver que no se trata del proceso constitucional en sí, sino que se trata de qué es lo que nos va a permitir esa Constitución y esa es una lectura que me parece importante que la entendamos desde nuestro sector, porque estamos hablando que pueden decirte cómo la Constitución era lo que la gente quería en ese momento y yo creo que no se trataba de eso, sino que se trataba de abrir las posibilidades para transformar el descontento y resolver las necesidades que se estaban planteando.

Hay otro elemento que tuvo que ver con el impacto y, yo también lo diría, los aprendizajes. Al ser esa elección en un momento dado del cómo se estaba viviendo Chile, tuvimos un proceso de resultados que

tiene que ver mucho con esta lectura de que los partidos políticos no canalizan las demandas a través de la institucionalidad, por eso también se eligió esa cantidad gigante de personas independientes, porque todo eso viene del proceso anterior.

El descontento no solamente se generó contra las AFP, contra el sistema de salud, sino que se generaba porque no había una canalización. Entonces, al existir este mundo independiente tan grande en el proceso constitucional, perdimos la oportunidad y creo que ahí faltó leer y dar un debate político estratégico de lo que había pasado con el estallido, porque creo que la lectura más fuerte fue la que dice que era un alzamiento contra el sistema neoliberal. No era la lectura más fuerte, sino la lectura que una podría identificar de forma más simple, pero hoy día, viéndola hacia atrás, hay muchas otras causas, como las que hemos estado conversando.

Entonces, eso es un aprendizaje que nos permite ver que en el proceso de construcción no se puede olvidar que existen distintos poderes. Y eso es otro tema, porque en el proceso constitucional anterior los medios de comunicación iban a seguir existiendo al igual que la derecha, porque me da la sensación de que nuestra sociedad hoy día es mucho más conservadora de lo que en algún momento creímos y ¿por qué lo planteo? porque hubo elementos ideológicos muy fuertes, como el aborto, en donde mucha gente se opone, la gente está en contra el aborto. Y eso sí tiene que ver con un componente de conservadurismo y con el arraigo de la Iglesia que todavía existe. Entonces, esos son elementos que obviamos y creímos que no iban a ser importantes ni centrales a la hora de un proceso en donde teníamos la mayoría y no era necesario ni siquiera el proceso de negociación.

Otro elemento que opera como aprendizaje es que no porque un actor, o en este caso la derecha, no tenga la capacidad de veto o no tenga la capacidad en el fondo de intervenir en el proceso que se estaba dando, significa que esté muerto. Eso también es algo que tenemos que tomar en cuenta, porque efectivamente, como en este proceso actual, no estamos con la posibilidad de intervenir en el proceso que se está dando en sí, pero está toda la sociedad afuera que tiene distintos temores y eso es parte de lo que una tiene que ir

leyendo, como el temor al cambio en el sistema de AFP que es real, porque en el fondo te están diciendo que te pueden quitar la plata, con la poca plata que una tiene, pero son esos temores que tienen que ver también con cómo se han dado estos últimos años este entendimiento de lo individual. Porque lo que ha pasado después de este proceso donde hubo movilizaciones sociales que apuntaban a lo común, hubo un retraimiento después del estallido social, también con la pandemia, que generó que cada una tuviera mucho más percepción propia de la individualidad, en donde los elementos que más generan impacto hoy día en la gente son aquellos referidos a cosas materiales y propias.

Por último, desde el triunfo del rechazo del proceso constituyente anterior, que vino a mostrar que el proceso de descontento no se solucionaba exclusivamente por una nueva Constitución, me da la sensación de que la desesperanza ha aumentado. Eso también nos identificó, la idea de que la respuesta no necesariamente va a venir por izquierda o por derecha, sino que también puede aparecer por partidos políticos como el PDG, que es un fenómeno que se repite también. VOX en España fue la misma situación, como tuvieron altísimo y después nos vimos en bajada porque son alternativas que está buscando la gente y creo que ahí es clave también, como la falta de conexión y la falta de representación que tienen los partidos políticos, que son los llamados a canalizar esas demandas y ya la gente está buscando en el fondo qué es lo que me representa y cómo yo logro cumplir con las necesidades. O que se me cumplan las necesidades que estoy planteando.

Camila Miranda

Reitero la pregunta de este bloque sobre los impactos políticos y sociales del estallido en las temporalidades que les interese mirarlo. Sofía abordó mucho más el momento del acuerdo y luego cierto impacto en la configuración de algunas fuerzas políticas. También puede mirarse desde hoy día y, como les comentaba en la provocación del correo que les envié, hay algunas tesis que instalan la idea de un péndulo para explicar los vaivenes políticos,

las reconfiguraciones del escenario a partir de la emergencia de nuevas fuerzas políticas. Entonces lo vuelvo a poner acá sobre la mesa, a ver si alguno o alguna quiere también discutirlo.

Manuel Antonio Garretón

Yo tengo la impresión que para analizar el impacto del estallido, no en el minuto sino en el el tiempo que le sigue es fundamental lo que señalaba Camila, de incluir lo que significó la pandemia, aunque sea sólo para dejarlo planteado porque no voy a a hacer un análisis especial de ello. En todo caso, la pandemia deja en suspenso este impacto.

Para ir a la pregunta concreta yo, evidentemente, el impacto básico del estallido yo creo que es la solución que se buscó para enfrentar la crisis de la sociedad que éste expresaba. La solución fue buscar una institucionalización de las demandas y las protestas y quienes lo institucionalizan son exactamente los que eran de alguna manera considerados, en general, algunos más específicamente, los enemigos de los que estaban en el estallido y en las calles. Hablamos de la élite política o lo que denominan algunos, la clase política, las instituciones. Ahí el clivaje Gobierno-oposición en cierto modo se diluye, y sin desaparecer cede el lugar predominante a un clivaje entre quienes quieren institucionalizar el conflicto, que se expresa en el Acuerdo por la Paz y la nueva Constitución entre sectores que apoyan al gobierno, con excepción de los sectores duros como Republicanos, y sectores de oposición, con la excepción del Partido Comunista y otras agrupaciones.

Así, el mundo político e institucional responde de una manera, yo diría, con una tensión interna. Responden institucionalizando el estallido, pero le devuelven al estallido y a la ciudadanía movilizada la resolución del conflicto. La respuesta de la clase política es devolverle a la sociedad, institucionalizando la presencia de quienes estaban en las calles. la resolución del problema que parecía crucial de la política: la doble crisis de legitimidad de la sociedad post-dictadura: por un lado, el orden socio-económico heredado de ésta, corregido pero no superado por los gobiernos de centro

izquierda, por otro, la relación entre política y sociedad. Y ello a través de, con ciertas reglas, de las propias decisiones que tome la movilización institucionalizada en un proceso constituyente. Una nueva Constitución elaborada por la ciudadanía era la manera de resolver la doble crisis definida de la sociedad chilena.

Vale la pena indicar que el concepto clásico de ciudadanía no se corresponde con las masas movilizadas en el estallido, sino que estamos frente a un nuevo concepto de ciudadanía- El primer impacto entonces del estallido es la generación de un nuevo tipo de ciudadanía, lejano de las instituciones, pero incapaz de actuar precisamente en el espacio institucional. Se trata de la entrada en el campo institucional de sectores críticos y desconfiados del mismo, serán ellos quienes definirán la nueva Constitución. Es el dato real. Y por supuesto sabían hacer lo que habían hecho en las movilizaciones, plantear sus demanda y rechazar las propuestas contradictorias a ellas.

¿Era posible hacer otra cosa? Ese es el drama. Si no hubieran estado quienes estuvieron en la Convención. ¿habría tenido legitimidad inicial el proceso constituyente?. Porque era la legitimidad de la calle que entraba a la legitimidad institucional y se apoderaba de ella de alguna manera desde ese momento, y quienes se movilaron se habrían sentido engañados si no hubieran sido los protagonistas del proceso.

Eso, por supuesto no nos dimos cuenta y hay que reconocer ese fracaso. Desde ese momento el proceso tenía que fracasar, necesariamente, porque no había política. El espacio o dimensión política es distinto de social, aunque obviamente están interpenetrados, pero cada uno tiene su propia autonomía. Si lo político se imponía sobre lo social el proceso perdía legitimidad. Si lo social se imponía sobre lo político, era imposible un consenso. A mí me gusta usar dos imágenes para entender este problema.

Así, se estaba frente a una situación semejante, con contenidos enteramente distintos, a la enfrentada en la época de la Unidad Popular. Esta requería necesariamente de constituirse en una mayoría política, lo que implicaba alianza con la Democracia Cristiana, Si ello se lograba, a la que por otro lado la DC en su

conjunto no estaba dispuesta, ello significaba la ruptura de la UP por oposición de los socialistas. No había salida posible. Como no parecía haberla habido en la coyuntura que se presentaba en la situación post estallido. Cualquier solución parecía llevar a a una nueva crisis de legitimidad, quizás más grave que la que se vivía. La trágica metáfora del acero clavado que si lo quitas se muere y lo dejas lo mata. Con contenidos distintos estamos en presencia de un fenómeno, que en el diseño de los proyectos de izquierda o de transformación hay algo que falla.

Yo creo que era absolutamente imposible resolver la crisis desatada en el estallido si no se generaba un espacio como el que se creó y era absolutamente imposible que ese espacio hubiese sido otra cosa, porque entonces perdía la legitimidad de la calle. Era absolutamente posible que ese espacio tuviera la legitimidad que tiene precisamente un proceso constitucional. Era una solución a la crisis al estallido, pero no era una solución al problema fundamental que enfrentaba la sociedad chilena de la superación de un orden económico social a través de una Constitución.

El otro impacto es de más largo plazo. Y tiene que ver el cómo está y continuará afectando estallido la memoria de los actores sociales y sus relaciones, en el sentido de mantener y agudizar múltiples clivajes sin resolver el clivaje central heredado del crimen y quiebre institucional de 1973 dictadura ni generar los espacios institucionales de resolución legítimos. El doble fracaso del proceso contituyente es una clara expresión de ello.

Camila Miranda

Un imposible necesario para preguntarse.

Eugenio Tironi

La pregunta que se hace en este encuentro es híper vigente. En torno a esto ha seguido girando el país hasta el día de hoy y va a seguir girando ya que la respuesta ha sido que el estallido, desborde o revuelta fue una especie de producto de un grupo de “afiebrados

La pregunta que se hace en este encuentro es híper vigente. En torno a esto ha seguido girando el país hasta el día de hoy y va a seguir girando ya que la respuesta ha sido que el estallido, desborde o revuelta fue una especie de producto de un grupo de “afiebrados octubristas” que pretendieron hacer un golpe de Estado. ¿Qué quiero decir? que eso estaba en la cabeza de Piñera desde el primer minuto y nunca se le salió hasta el día de hoy; lo que le salió ahora cuando dio esa entrevista fue algo que tenía reprimido, pero que siempre estuvo. También tuvo la lectura extasiada que señalaba que Chile había despertado después de 30 años dormido, dominado por una casta que lo tenía adormecido.

Lo anterior era producto de la desesperación ante la escasez. La escasez leída como desigualdad, miseria, que es una lectura que tampoco ha envejecido bien. Y había otra otra lectura que tenía que ver con que fue una pulsión juvenil –como la que señala Manuel Antonio– y está la otra un poquito más sistémica que tiene que ver con lo que yo estaba diciendo con este sofocamiento del cual habla Danilo Martuccelli, donde responde la clase política, los partidos políticos, el Parlamento ¿a través de qué? ofreciendo lo que sabe hacer, que es un orden constitucional nuevo.

Frente a lo anterior resulta interesante el papel de los intelectuales ¿por qué se elige esa salida? porque había una oferta. Y esa oferta se llamaba –bueno, para ponerle un nombre, “Fernando Atria”– es decir, hubo una solución “de abogado” a un problema que era más bien “de sociólogo”. Normalmente los abogados son los primeros que tienen una respuesta, por lo tanto, esto no es raro. ¿Se pudo haber hecho de otra manera? Hubo en ese minuto muchas corrientes que planteaban otra cosa, pero lo que pasa es que nosotros en Chile tenemos fetichismo constitucional. Tenemos, desde Andrés Bello hasta la izquierda, pasando por la nueva izquierda, la que se lo compró de una manera casi sospechosa aquel argumento de que la fuente de todos los males de Chile era la Constitución. Una Constitución camuflada, ya que que era la reformada por Lagos en 2005 y que, por lo tanto, la real solución a todos los problemas era cambio de Constitución y por tanto se ocupó energía con ese destino. Lo que era interesante es que este proceso constitucional tomó la forma que tomó. No es evidente que pudiera tomar otra

forma, porque hoy día tenemos el problema de la medida versus el exceso de lo que fue la Convención, pero si hubiésemos tenido un Consejo Constitucional parecido al que hubo ahora, todos de corbata y con el profesor Silva a la cabeza, habría tenido un problema de legitimidad.

Y entre los polos anteriores, en medio, están los “expertos”. En ese sentido, quizás tenemos que pasar por esto, como las terapias, hay que pasar por esto. No hay fatalismo respecto a lo que ocurrió. Es interesante lo que pasó, porque la desmesura del estallido se institucionalizó y llegó a niveles sublimes en la Convención, del punto de vista no sólo performático, sino de contenido ¿Qué produjo esto? Es lo que algunos llaman cultural backlash, o sea, produce una reacción conservadora ante “lo woke” o ante el posmaterialismo que se hizo presente en la Convención, que es un fenómeno que hay que tener presente.

Lo que hemos vivido en Chile en los últimos años no es una cuestión menor. Esta suerte de revancha del mundo rural, de los hombres contra el feminismo, del orden nacional, de la bandera, del rodeo, de “con mi plata no”, de que la heredabilidad de los fondos de pensiones, de que me van a quitar mi casa, que me van a quitar el sueño de que vamos a hacer todo próspero. Entonces, ese movimiento hacia los republicanos y que da lugar a lo que estamos viviendo hoy día es un fenómeno importante, es súper interesante porque la mayoría de la Convención fue por la guerra cultural. Mucha gente dijo “no vaya por allá, no vaya por allá, porque la guerra cultural te levanta fantasmas que son medio complicados” y se fue y se perdió. Y perdió de un modo estratégico, porque hay cuestiones que se perdieron allí y que hoy día son casi innombrables: retroceso de la causa indígena, retroceso de la causa feminista, retroceso de la causa descentralización, retroceso de la causa ambiental. O sea, pasamos del derecho de la naturaleza a ahora tener que prácticamente rogar para que se plantee que es obligación del Estado combatir el cambio climático. De pronto hay gustos que cuestan extraordinariamente caros y este proceso constitucional 2021-2022 costó increíblemente caro.

Lo que tenemos en Chile es más o menos paradigmático, porque todos sabemos que estas grandes olas refundacionales producen resacas conservadoras. Los años de la revolución francesa –como el paradigma de todas las revoluciones– se dice que todavía no se sabe interpretarla. Más o menos nosotros tuvimos nuestro comité de salvación pública, Convención que por suerte no degolló, pero desde el punto de vista de las palabras ¡por Dios que fue radical! y de ahí entramos en un termidor, que fue el 4 de septiembre. Y se ha montado una época de restauración y sobre lo que viene después, yo creo que estamos salvando los muebles y esperando a que venga Napoleón, que por ahí viene.

Camila Miranda

Voy a compartir algunas reacciones y pasaremos a la última pregunta. Primero, sobre lo que fue el proceso constitucional de la Convención Constitucional y en la idea de que un intento de cambio fundamental supone un movimiento de regresión. Habría que preguntarse por la posibilidad de cambios profundos, lo que remite también a preguntarse por los caminos posibles de cambios que se intentaron constituir antes y que no fueron posibles, que es la mirada que nosotros hemos tratado de instalar sobre los 30 años –no en un sentido moral, sino en un sentido de las posibilidades– los caminos y qué cosas se dejaron de ver y de trabajar bajo la promesa de que con el crecimiento estábamos listos y cuando se agotó el crecimiento bueno ¿qué viene? Produzcamos más crecimiento y probablemente nos metamos en la misma espiral, o sea que es la discusión que hoy día se tiene ¿cómo reactivamos el crecimiento? Y, bueno, ahí vamos a volver al Chile que tuvimos y que amábamos, que no tenía conflictos.

Entonces, la pregunta sobre el cambio profundo, si ante la posibilidad de planteárselo, probablemente pudo haber sido mucho más estratégico, táctico, organizado con un programa más articulado, desde luego que sí. Me acuerdo de un espacio de coyuntura que tuvimos muy cerca del estallido y entre la posibilidad de una salida constitucional, donde algo que alertamos hacía mucho rato era la necesidad de un proyecto articulador de la izquierda. Pero también

hay que poner sobre la mesa que –y ahí me hago cargo también de algo que dije en ese contexto– que también vimos la oportunidad en el proceso constitucional, de la canalización de expresiones distintas de la sociedad, a lo que se había constituido políticamente antes en la izquierda y en la sociedad en general, como la posibilidad de reconfigurar el escenario político, es decir, cómo se ponía en tensión y en pugna también lo que se había denominado como “el sistema político habido”, la posibilidad de irrupción de otros sectores. Eso también abría la posibilidad de una Constitución, algo que no terminó de constituirse; desde luego, duró poco, justamente por la falta de un sostén de proyecto, de mirada, de futuro, etc, pero hay que plantearlo, porque de alguna forma si miramos el proceso actual que probablemente a casi ninguno de quienes estemos acá nos gusta, también hay una apuesta de Constitución de un sector, de anclaje en ciertas visiones de sociedad y yo creo que si el proceso de la Convención Constitucional trabajó y articuló en esa vía, no logró decantar en una propuesta que representase a todo Chile por razones evidentes, pero también hubo ahí una apuesta que muchas, muchos leímos y también tratamos de incentivar, o sea, desde que pudiese constituirse, porque si no, es el encierro entre sistema político que ya conocemos cómo funciona, que “logra ponerse de acuerdo” y que entonces procesen los cambios de alguna manera pausada que permita no llevarnos a una crisis.

Entonces, el problema es que se dejó de mirar y de procesar lo que se estaba produciendo. Dejamos de mirar la crisis que tenemos hoy día en la política, que es más general y que atraviesa más allá de Chile. Lo presento como discusión y pregunta, porque si no ¿dónde queda la posibilidad de cambio, si lo único que viene al cambio es la regresión conservadora del tipo que sea? O la pregunta es ¿cómo una se prepara teniendo en consideración esas posibilidades?.

Otro aspecto es en la dimensión que se plantea como una guerra cultural que se abre y se pierde y que, en general, se ha tratado de asimilar con esta idea de “luchas identitarias” y que en realidad tenía una componente material: cuando se dice “el problema del medio ambiente” yo no veo nada identitario, lo veo como algo material, es decir, tenemos o no tenemos agua; o en el caso de nosotras, podemos compatibilizar jornadas laborales cuidados y tener vida o no.

Por supuesto que no se puso así en el debate y en la discusión, pero me parece importante, ya que ha sido parte de las interpretaciones que se han hecho para justificar la derrota. Ponerse muy de punta con los derechos de las mujeres ¿supuso derrotar un proceso? Creo que hay que profundizar un poco más. Y la pregunta que viene, que está conectada con estas conversaciones que ya teníamos de los impactos sociales y políticos del estallido sobre en qué Chile estamos hoy día, Sofía decía: “quizá estamos en una expresión más conservadora de Chile”. Esa es una premisa que deberíamos discutir ¿cambió por completo el escenario político? Republicanos, que nos aparece como una fuerza nueva, siempre ha estado ahí latente, o sea, esas preguntas de que en Chile estamos a nivel social y político, y ahí que la tomen por la vía que les parezca más provocadora de responder.

EN QUÉ CHILE ESTAMOS

Manuel Antonio Garretón

Telegráficamente algunas cuestiones: Estamos en una sociedad dividida, donde su clivaje fundamental nace con el bombardeo de La Moneda. Todo lo que viene después de alguna manera reproduce de una u otra manera ese clivaje, es cuestión de ver quiénes están por una posición y que están por otra en cualquier asunto fundamental del país. Es cuestión de recordar la última elección presidencial, 44,1% frente a 55,9%, exactamente el plebiscito de 1988 dictadura vs democracia. Es una sociedad dividida hasta hoy por ese clivaje. A ello se suman múltiples otros clivajes o conflictos o divisiones, que no tienen una expresión política como la tiene el primero, donde está claro, por un lado, el centro e izquierda, está la derecha. En el caso de los otros clivajes (ecológico, género, étnico, territorial, generacional entre otros) lo que hay es el clivaje puro en que los actores se constituyen en torno v no desde lo político aunque los actores políticos busquen representarlos.

Esto ocurre en una sociedad que no sabe vivir la política desde los años 30 sin procesos o proyectos de transformación. Ha tenido tres o cuatro grandes procesos de transformación (uno de los cuales fue el proyecto de refundación capitalista autoritario), de los cuales han sido exitosos para el progresismo, sólo dos: el del año 38 y el de la Concertación. Los otros han terminado en fracasos o derrotas. ¿Cuál son las particularidades de estos dos proyectos que calificamos de exitosos pese a los innegables problemas o déficits en que incurrieron? Las particularidades son, por un lado, que los actores políticos representaban efectivamente a la sociedad, y, por otro, que eran proyectos no solo de la izquierda. La izquierda no ha tenido un proyecto global exitoso propio, exclusivo de ella, aunque haya sido un factor indispensable de los proyectos exitosos y desde la oposición haya logrado grandes avances en diversos ámbitos de la sociedad. Ello significa que el proyecto para que sea exitoso supone una izquierda ligada a al centro político. En los casos señalados el centro ha sido hegemónico. Y el predominio del centro termina siempre boicoteando o complicando al proyecto de izquierda, como lo recuerdan el caso del gobierno del Frente Popular o el gobierno de Bachelet. En el caso particular de la Democracia Cristiana, ella no sabe no ser hegemónica, pone como condición para cualquier alianza el ser hegemónica y por eso durante el periodo de la Unidad Popular terminó perdiendo todo. Porque quiso dirigir, cambiar el proyecto de Allende y, por otro lado, quiso dirigir a la oposición y la derecha. Aquí hay otra cosa que tener en cuenta, la derecha chilena frente a los procesos de transformación siempre opta por la posición más extrema, inicialmente muy minoritaria [eso se llamó derrocamiento o pre-derrocamiento antes que asuma Allende en el periodo 1973 y rechazo al proceso constituyente), y finalmente se transforma en la fuerza hegemónica de la oposición al proyecto, subordinando al centro político.

Hoy en la derecha se fortalece un partido político, el Republicano, con un proyecto de sociedad que jamás había tenido la derecha desde la dictadura, porque lo que viene después de la llegada de la democracia, es que la derecha no tiene proyecto, tiene resistencia, tiene la tarea de conservar esto o lo otro heredado de la dictadura, impedir que avance lo democrático, mantener los

enclaves autoritarios, pero eso no es un proyecto, es simplemente reacción. Pero ahora tiene un proyecto a diferencia del proyecto de la dictadura, que a sangre y fuego proponía hacia adelante algo distinto de los proyectos que habían tenido la de la izquierda y el centro, en que se trata de un vuelta atrás, de un proyecto, estrictamente retrógrado, reaccionario, de restauración, como se le quiera llamar, aunque sea por ahora en el marco democrático. Que estemos ya en un proceso de restauración conservadora es discutible, estamos en un proceso de un paréntesis en que hay un proyecto de regresión conservadora y, por otro lado, el mundo de la centroizquierda ha perdido necesariamente su proyecto, fue derrotado. Entonces una de sus principales tareas es impedir que se establezca efectivamente un proyecto de restauración conservadora.

Frente a un proyecto propiamente tal de la derecha más dura, tenemos una fuerza opositora sin duda mayor, pero carente de un proyecto alternativo, lo que se complica aún más cuando consideramos que aquello que constituyó un elemento fundamental por lo cual un proyecto de izquierda pudo realizarse fue su relación con el centro, hoy ya no existe orgánicamente. Hoy no hay centro político orgánico (lo que era una anomalía del caso chileno en el contexto internacional) aunque sin duda puede haber votantes de centro, pero no hay centro orgánico. Si incluso lo hubiera y si incluso la izquierda tuviera un proyecto unificado de sus tres alas ¿cómo se representa a los millones de votantes que han irrumpido en la política chilena? ¿Cómo se restituye la relación con la sociedad?

Entonces ese es el gran desafío y no queda otra alternativa que la construcción de un consenso social y político, básicamente para oponerse a la restauración conservadora pero apuntando a un horizonte de transformación que dé cuenta del nuevo tipo de sociedad en que vivimos, tanto de las nuevas ciudadanía como de aquellos que se definen a si mismos al margen de la política.

Sofía Fuentes

Quiero tomar unas ideas de lo que se estaba conversando anteriormente. Me interesa hablar del tema del cambio cultural, que también tiene que ver con lo que pasa hoy día y de cómo cambió en el fondo el sujeto y de qué le estamos hablando. Pasó de ser una persona que podía conseguir una casa como significante individual de mejorar su calidad de vida, a ser una persona descontenta que vio que las instituciones no funcionaban y que jamás iban a responder a sus necesidades.

Al día de hoy, sigue siendo este mismo sujeto –como lo estamos leyendo– descontento, que no cree en las instituciones y que está buscando una salida al orden actual. En ese sentido, hubo un elemento que resulta importante –quizás suena mínimo– pero es parte de cómo vivimos y que no hemos reflexionado mucho y que tiene que ver con la idea del voto obligatorio. No hubo una reflexión ni una profundización de lo que significaba en términos de qué era lo que nosotros queríamos, que la gente hiciera con la obligatoriedad de voto y para ello ¿qué estamos proponiendo la sociedad? Pensamos que el voto obligatorio iba a solucionar la crisis de representación y creo que tuvo un efecto contrario. Tendríamos que haber pensado en cómo mejoramos la calidad de la democracia y la representación, que es algo que hoy día en Chile está lejos de ser solucionado y nos encontramos con la sorpresa de que el voto obligatorio nos mostró que Chile pensaba de forma muy distinta a lo que creíamos.

Estamos en un proceso que, paradójicamente, se dio con el acuerdo de los partidos políticos, que fue justamente lo contrario que pasó en el proceso anterior, donde la gente lo que no quería era una salida liderada por los partidos políticos. Si es que no hubiese existido esta integración de la ex Convención, probablemente hubiésemos seguido en procesos de estallido. Hoy pasa todo lo contrario, los partidos políticos generan un acuerdo para empezar un nuevo proceso constituyente-constitucional, la gente participa y vota por la opción más conservadora dentro del espectro político, con una mayoría que no permite la posibilidad de veto al interior de la

Asamblea Constitucional. ¿Pero por qué? Tengo la sensación de que en todo este proceso la sociedad chilena sigue teniendo el mismo nivel de descontento y el mismo nivel de desafección con la política y también con la representación. ¿Y esto por qué lo comento? Porque creo que el temor es que esta oleada conservadora finalmente logre constituirse en Chile y lo que probablemente nos va a llevar mucho tiempo de recomposición de la izquierda de poder volver a disputar en el fondo lo que se va a instalar y lo que se instalaría con un proceso constitucional como está hoy presente.

Tenemos el descontento y se está planteando esta nueva Constitución, que es un gol de la oleada conservadora. Efectivamente nos abre la posibilidad de entender que no está cerrada la idea de un proyecto nuevo. Existe una sociedad que te permite plantear un proyecto, es clave que no lo dejemos pasar porque en el fondo, cuando se cierra el proceso, como si gana la Constitución de los republicanos, ahí va a ser mucho más complejo plantear si se quiere la idea de un proyecto alternativo.

No tenemos que olvidarnos que las demandas, el proceso social que se vivió, las necesidades, las insatisfacciones que tiene la gente, no están cumplidas, y eso es importante también que lo podamos leer con una nueva Constitución. Puede que esto suene un poco “marketero”, pero con una nueva Constitución no se van a solucionar los problemas que tiene la gente. Y esto probablemente fue el discurso que permitió que se ampliara la opción del rechazo, pero también es a lo que nosotros, desde la izquierda, tenemos que aferrarnos y también ponerlo dentro de la balanza de lo que significa la posibilidad de que gane esta oleada conservadora.

Por último, tenemos que apostar a que termine el momento constitucional y pensar cómo transformamos la Constitución que tenemos. Eso es mucho más efectivo para el proyecto que logremos instalar de izquierda. Es importante que logremos instalar la idea de que la solución no va de la mano con el cambio constitucional y esto ¿Por qué lo digo? Porque tenemos que entender lo que significaría que gane no tan sólo en términos de lo que es la Constitución, como lo podría leer jurídicamente, sino que también que hay elementos que nos permiten leer que hoy día la sociedad está al borde de

un proceso mucho más conservador. Se ha avanzado hacia eso, o quizá esos 5.000.000 de votos siempre fueron conservadores, ahí está la discusión importante -yo soy más de esa tesis- pero lo planteo porque creo que es central disputar el momento pensando en que las demandas todavía siguen en pie de la gente. No se ha solucionado nada y ahí está la clave hacia dónde tenemos que apuntar.

Eugenio Tironi

Yo soy autocomplaciente. Yo soy un militante autocomplaciente. Entonces yo no soy de la lectura de que todo lo que ha ocurrido ha sido un fracaso y creo que hay que mirar hacia el Medio Oriente y decir cuáles son las alternativas. La alternativa era la guerra, que no la tuvimos o el golpe de Estado, no la tuvimos: hemos tenido paz. Elegimos a Boric, hicimos un recambio generacional que no habría sido posible sin el estallido y sin el proceso constitucional. Si el padre de Boric fue el estallido, su madre fue la Convención. Hemos tenido un proceso deliberativo que ha sido súper importante, la Constitución entra no tanto por lo que está escrito, sino que por el hecho de que los temas se han debatido. Este proceso ha ido produciendo un re-centramiento incluso para los republicanos, o sea, lo que está saliendo es bastante distinto a lo que ellos querían y pensaban originalmente. Este recentramiento lo estamos viendo en los encuentros intergeneracionales. Este encuentro que estamos teniendo hoy día no habría sido posible hace cuatro años, no digo por los demás integrantes de la mesa, sino que por uno.

Creo que lo estamos viendo en el gobierno actual es un gobierno completamente diferente al que partió y eso ha ocurrido sin fisuras, sin rupturas, sin grandes coloquios, como los que se dan en la Unidad Popular. Y es interesante lo que estaba pasando, además, a nivel de lo que ha pasado con este Consejo Constitucional y este proceso Constitución actual en que se ha creado una nueva coalición. Una coalición mucho más amplia de aquella que eligió incluso a Boric, que incluye hoy día la Democracia Cristiana, que incluye sectores moderados de derecha. ¿Entonces cuando tú haces la pregunta,

Camila, bueno, qué tiene que aprender la izquierda? Yo creo que lo mismo que aprendió la Unidad Popular y nos enseñaron aquí Manuel Antonio, como Tomás Moulián.

Entonces yo creo que a veces las cuestiones toman tiempo. Y cada generación hace su recorrido. Los procesos de cambios viables no se hacen sin un gran bloque, sin el centro político, con todas las complicaciones que eso conlleva. Se están llevando las cosas hacia una Nueva Mayoría o hacia una Nueva Concertación.

Camila Miranda

Mirar las causas del estallido y el impacto social y político nos plantea varias preguntas bastante vigentes: por ejemplo, la construcción de nuevas coaliciones, pero hay que tensarla con la pregunta y con algo que ponía sobre la mesa Manuel Antonio, sobre cómo se reconstruye el lazo y que la forma de reconstrucción del lazo probablemente va a ser muy distinta al ciclo largo de Constitución del siglo XX, si es que uno quiere mirar también el proceso largo de la Constitución, de avances que se tuvo como sociedad. Entonces creo que la reconstrucción del lazo hoy día puede estar dinamizada por la articulación de fuerzas políticas que converjan, dialoguen, se planteen proyectos, pero sigue estando esa pregunta, a mi parecer, latente, de cómo se reconfigura ese vínculo: la apuesta de un proceso constitucional que canalice dilemas institucionales que tenemos pendientes.

Pero, por supuesto, no iba a resolver la crisis política y social que tiene otros componentes. Y ahí, claro, se ponía sobre la mesa qué pasaba si no tenía esa salida en términos de una respuesta; tú lo decías, Manuel Antonio, del estallido necesariamente de las razones generales, del malestar, donde no sé, haciendo una Futurología, se dice al pasado, se dice una mirada retrospectiva. ¿Qué hubiese pasado si el gran acuerdo era para mejorar las pensiones? Pero son preguntas que uno se las puede hacer desde este momento, o sea, porque remitía a preguntarse colectivamente por las razones de lo que estaba pasando. Entonces, una es la masividad en las calles y la posibilidad o no del día a día, que siga funcionando, y la

otra es la pregunta, ¿por qué se genera esa interrupción de cierta normalidad?

Yo creo que las respuestas siguen abiertas por todas las razones más fundamentales de lo que generaba malestar para que estallase y que después, pasado por el cedazo de la pandemia, se van reformulando y formulando y nos obliga a pensar en un proyecto en otros códigos después de ese proceso largo. Así, el propósito de la invitación a esta conversación también era hacer una provocación, plantear una rearticulación del escenario político. ¿Y qué pasa con los 5.000.000? No sólo una clave electoral que, aquí confieso, tengo el miedo de que todos y todas devengamos en la necesidad de convocarles quizás una convocatoria muy desde lo que sabemos que te movilizan por arriba.

